

¡Proletarios de todos los países, uníos!

HILO ROJO

ÓRGANO POLÍTICO DEL NÚCLEO MARXISTA HILO ROJO

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA
PARA PREPARAR EL PARTIDO COMUNISTA DE LA PRÓXIMA REVOLUCIÓN

Nº 28

28 de abril de 2001

Precio: 200 ptas.

Correspondencia (escribir -sin otra mención-): Apartado de Correos nº 265 -08080- Barcelona (España)
e-mail: hilorojo@mailcity.com <http://members.tripod.com/hilorojo/hr.htm>

Foro de Debates Revolucionarios EL MITO DE LA “URSS SOCIALISTA” —Guión de la presentación efectuada por Ignacio Rodas—

Apreciados compañeros del Foro:

Los materialistas sabemos que todo mito, en tanto que alienación ideológica de la conciencia de lo real, se basa, con todo, dialécticamente, en una realidad dada, en un estado determinado de las cosas; corresponde, en suma, a la mistificación de una situación objetiva y sólo puede ser socavado, a la postre, por la superación, en los hechos, de dicha situación. Es sólo cuando una nueva situación se abre paso en las entrañas mismas de la anterior, sólo cuando esta última quiebra, que caen los taparrabos ideológicos de los que se ayudaba la anterior para pervivir.

El mito de la “URSS socialista” es propio a una situación ya superada, la de la contrarrevolución que dominó incontestablemente la escena mundial desde el aplastamiento definitivo, en 1927, de la anterior revolución proletaria internacional hasta los años 1970 en los que, de la mano, de la nueva revolución productiva informática en ciernes, irrumpida en la producción a resultas de la tendencia al agotamiento del potencial de valorización de la composición taylorista del capital que, a través de las dos guerra mundiales imperialistas, había permitido la reproducción ampliada de éste, como nunca, desde inicios del s. XX, se abrió el actual curso revolucionario en el que nos hallamos insertos. El mito de la “URSS socialista” no sólo es propio a esa contrarrevolución ya superada, sino, por añadidura, al viejo movimiento obrero, surgido de ella sobre la base del aplastamiento de la revolución rusa de Octubre de 1917 y de la revolución comunista internacional desencadenada por ésta. Con el feliz hundimiento, en 1990, de la URSS de los herederos de Stalin, bien podemos afirmar, de forma definitiva, que se trata de un mito viejo y caduco que sólo ata ya las manos al sector más conservador de la clase explotada —la aristocracia proletaria—, el único aún sometido al control de los restos, no menos viejos y caducos, del aparato estalinista y del ala de izquierda crítica de éste, el trotsquismo.

Así pues, si el mito de la “URSS socialista” fue sentenciado ya flagrantemente por la quiebra de la propia URSS y si, por ende, su nefasta influencia sobre el proletariado —tal y como prueba fehacientemente la simpatía, no por difusa menos declarada, que siente el actual movimiento anticapitalista de la nueva generación proletaria (Seattle, Washington, Praga, Niza, Quebec) por el comunismo— se limita al sector de nuestra más clase más ligado al también condenado históricamente viejo movimiento obrero de la anterior contrarrevolución, ¿cuál es la razón que motiva que la vanguardia revolucionaria, que las fuerzas contemporáneas del marxismo, se ocupen de él...?

La justificación revolucionaria, compañeros, de que hoy, por ejemplo, tengamos este debate entre nosotros únicamente estriba y puede estribar en una razón, a saber, que **su clarificación forma parte clave de la preparación efectiva de las condiciones del triunfo de la próxima revolución**, revolución de la que ya, pese a su exuberancia, o mejor dicho, precisamente de la mano de ella, tal y como muestra el actual fantasma de la catastrófica crisis económica que se cierne sobre la escena de nuestros días como hija legítima del *boom* tecnológico de esta última década, se halla encinta la actual sociedad burguesa. Forma parte de esa preparación efectiva de la vitoria de la revolución de mañana porque las masas proletarias que serán empujadas a ella, de la mano de la barbarie de la III Guerra mundial imperialista hacia la que se aboca inexorablemente el capitalismo de nuestro tiempo, precisarán, para vencer, no sólo de su lucha y de su combatividad espontáneas, no sólo, ni siquiera, de su voluntad de abrir una salida propia a la monumental crisis social a la que la burguesía acabará arrastrando, de nuevo, a la humanidad, sino, asimismo, de una dirección política, de un Partido capaz de comprender y deshacer las maniobras políticas y militares de los Estados burgueses y de sus servidores encubiertos de “proletarios”, “revolucionarios” y “comunistas” en las mismas filas de la clase explotada, capaz de unificar al proletariado revolucionario *de todo el planeta* en un solo puño, capaz de impulsar su organización, en todos los ámbitos, como un ejército disciplinado que sepa, *como un solo hombre*, retirarse, cuando las condiciones son desfavorables, y avanzar cuando el éxito está al alcance de su mano, que aprenda a combatir a su enemigo, el capitalismo, como una sola fuerza mundial, determinada no por los intereses de tal o cual país o sector de proletarios, ni siquiera por sus propios intereses inmediatos reivindicativos, sino por los intereses históricos de una clase explotada que sólo podrá emanciparse haciéndose previamente con el poder político y destruyendo política y militarmente, mediante su más que justificada y, en todo caso, inevitable violencia revolucionaria, a los Estados capitalistas todavía en pie.

Así es una revolución y así será, en concreto, la revolución de mañana. Los nutridos ejércitos económicos, políticos y militares que defienden la explotación capitalista no se desharán mediante prédicas ideológicas, ni tampoco por medio de luchas espontáneas, o lo que es lo mismo, sin preparación, sin dirección, sin fundamentación teórica ni anclaje histórico, del proletariado.

Las dos veces que nuestra clase ha sido capaz de hacerse con el poder político, ha sido capaz de echar abajo un Estado burgués, ha sido contando con su dirección revolucionaria, marxista, con su Partido. ¿O no es cierto que es impensable el triunfo de los *communards*, en el París de 1871, sin la influencia revolucionaria *in situ* de la I Internacional dirigida por Marx y Engels? ¿Y no es menos cierto que *nadie*, absolutamente nadie, ni siquiera el detractor más acérrimo del Partido de Lenin, puede siquiera concebir el indiscutible triunfo revolucionario de Octubre de 1917 sin la firme dirección de ese Partido que supo, sin ir más lejos, conjurar previamente, conteniendo la justa ira de las masas proletarias, la provocación burguesa del anterior mes de julio y, al poco, ya a la cabeza de los Soviets, conducir a la parte más avanzada de éstos a tejer los hilos conspirativos indispensables para el triunfo de cualquier insurrección revolucionaria?

Hablar de “revolución” y negar estas realidades, suspirar por la “revolución” y oponerse a esta perspectiva, a esta labor titánica —¿pero no supondrá, asimismo, la revolución titánicos esfuerzos del conjunto del proletariado para llevarla a término?— de preparación, de forja, **en los años previos al estallido del torrente revolucionario**, de un Partido capaz de conducirla, por entre mil y un vericuetos, en una lucha política y militar, a vida o muerte, contra la burguesía, es, en el mejor de los casos, una inocencia infantil de ingenuos revolucionarios que jamás vivieron, como parte actora, una revolución ni tan siquiera un amplio movimiento proletario. En el otro supuesto, sólo representa una burla oportunista de los intereses de nuestra clase.

Y es precisamente para forjar ese Partido, esa dirección revolucionaria determinada a llevar hasta sus últimas consecuencias la revolución comunista de mañana, que el mito de la “URSS socialista”, al igual que el resto de mistificaciones burguesas supervivientes de la anterior contrarrevolución, debía ser liquidado *científicamente*, y así lo ha sido, como veremos, por la vanguardia proletaria en los años que preceden a la próxima, los actuales. Acabemos de entendernos: la nueva generación proletaria, esa juventud de la clase explotada que es motor y fuerza de choque de toda revolución, combatirá revolucionariamente mañana, cuando suene la hora del nuevo alzamiento general contra el capitalismo, sin interrogarse, claro está, por si la URSS era o no socialista. Pero, para vencer a sus enemigos —incluidos, de forma destacada, entre ellos, las fuerzas burguesas de izquierda y extrema izquierda que medran en las filas proletarias, léase, socialdemocracia, estalinismo, trotsquismo, maóismo y anarquismo, y asimismo el nuevo partido contrarrevolucionario (con todos los visos “anarcomarxista”) que la burguesía se verá obligada a levantar *in extremis*, ante la ofensiva revolucionaria, para defender, tomando en falso el nombre de la “democracia proletaria”, la última barricada de los explotadores—, para vencer a sus enemigos, decíamos, ese proletariado revolucionario de mañana precisará a su cabeza de hombres y mujeres, marxistas, que hayan aprendido a distinguir a los enemigos del proletariado a la luz de la aprehensión de las lecciones históricas de las anteriores revoluciones y contrarrevoluciones y que, anclados inconmoviblemente en la ciencia social, hayan adquirido la capacidad táctica de mover las fuerzas de la clase explotada, al menos con el mismo acierto con el que moverán las del capitalismo toda esa legión políticos y militares profesionalmente formados, por la burguesía, durante largos años, con el fin supremo de hacer frente eficazmente, mediante el engaño o/y la represión, a cualquier movimiento que verdaderamente amenace su sociedad.

Vayamos, pues, a deshacer el mito por excelencia —la “URSS socialista”— con el que la anterior contrarrevolución ha intentado, bien se ve en vano, sepultar las lecciones de la revolución que, a sangre y fuego, aplastó. Procedamos así de la misma manera en que lo hicieron Marx y Engels para fundar, en 1848, nuestro Partido (al hacer trizas, en los años anteriores a la revolución de entonces, todos los mitos del “socialismo” y “comunismo” utópicos), al uso de cómo Lenin asentó, antes de 1902, durante toda una década previa, la formación del Partido Bolchevique que conduciría al proletariado al poder, en la previa liquidación, mediante la crítica marxista, de todos los mitos populistas pequeñoburgueses que todavía proclamaban, tan idealista como chovinistamente, contra el legado explícito —como también veremos— de los citados Marx y Engels, la posibilidad de que Rusia pasara por sus propios medios, saltándose toda una etapa histórica, la del capitalismo, de la comuna agraria, subsistente bajo la sociedad feudal, al “socialismo”. Hagámoslo así y, haciéndolo, cumplamos, en suma, una tarea contemporánea clave y distintiva de ese mismo Partido, el de Marx, Engels y Lenin.

* * *

A propósito de la respuesta debida al falsificador *Libro negro del comunismo*, ha habido la oportunidad, en la obra que aquí tenemos, *La gran mentira. Respuesta al Libro negro del comunismo*, de desenmascarar, con abrumadora y fehaciente documentación, la que, sin duda alguna, es la mayor falsedad del s. XX, el referido mito de la “URSS socialista”. Puesto que el libro, recientemente publicado, fue ya ofrecido, como documentación preparatoria del presente debate, a todos los compañeros del Foro y puesto que, además, sigue, por supuesto, a su disposición y a la del resto de proletarios y lectores, en general, limitaré la presente introducción al recordatorio de los puntos de referencia más significativos de la cuestión. Quien quiera verdaderamente comprenderla a fondo, tal como es deber de todo auténtico revolucionario, tendrá que tomar el tiempo de leer y *estudiar* la obra, dado que, con independencia de otras consideraciones, ésta pone sobre el tapete un balance —afirmamos que marxista y en plena consonancia con los hechos realmente sucedidos, ¿alguien puede demostrar lo contrario?—, hasta hoy desconocido, de la revolución rusa de Octubre de 1917 y de la subsiguiente revolución proletaria internacional sobrevenida al calor de la anterior. Por añadidura, en buena parte de las más de 300 páginas del libro, son los propios Marx, Engels y Lenin —también Stalin y Trotsky, entre otros— quienes se pronuncian sobre la cuestión en intervenciones tan explícitas como ignoradas, por lo general, por el 99 % largo de quienes hoy se reclaman del marxismo.

¿Por qué la “URSS socialista” es un mito histórico y, como todos ellos, reaccionario? La obra que hemos escrito lo demuestra en múltiples terrenos. Citemos los siguientes, a modo de guía para el debate:

1. Es un mito porque, para el comunismo científico, el de Marx y Engels (¿alguien puede hablar de comunismo moderno, real, fuera de ellos?), el **socialismo** no es otra cosa (cf., la *Crítica del Programa de Gotha*, escrita por Marx, en 1875, precisamente como descalificación del “socialismo de Estado” defendido por los oportunistas lassalleanos, así como el X capítulo de *La gran mentira*, que lleva por título: «Dictadura del proletariado, socialismo y comunismo») que la **primera fase o fase inferior de la sociedad comunista**, fase en la que, como los propios Marx y Engels dejaron claro, por activa y por pasiva, en ésa y otras obras (entre ellas, *El Capital*, cf., por ejemplo, su *Sexto capítulo (inédito)*, también publicado, como *La gran mentira*, por Ediciones Curso) y como Lenin se encargó de volver a sacar a la luz en las mismas vísperas de la Revolución de Octubre (cf. *El Estado y la revolución*), ya no existe explotación del hombre por el hombre, o lo que es lo mismo, han sido abolidas las clases sociales y, en consecuencia, el presupuesto mismo de éstas en la sociedad capitalista, el trabajo asalariado. **Donde hay trabajo asalariado, hay capitalismo**; esta realidad social incontestable está tan presente en el marxismo que el lector de *La gran mentira* habrá podido comprobar cómo Stalin, para encubrir —de acuerdo con las consecuencias de una revolución, aplastada pero no sucedida en vano— el capitalismo de Estado reaccionario de la URSS, en tanto que “socialismo”, se vio obligado a encargar a sus

secuaces pura y simplemente la revisión de *El Capital* de Marx (cf., el capítulo XII de *La gran mentira*: «Stalin contra *El Capital* de Marx, a cuenta de los Sres. Courtois y Cía.»).

2. Es un mito porque, desde el principio (cf. «Principios del comunismo», Engels, 1847), hasta el final (IV, y último Congreso, 1922, de la Internacional Comunista de Lenin), el Partido de Marx, Engels y Lenin —de forma radicalmente opuesta al de Stalin (cf., la p. 9 de *La gran mentira*...), pero también al de Trotsky (cf. *op. cit.*, cap. VIII: «La amarxista “revolución permanente” de Trotsky, antecedente de la falsa “URSS socialista” de Stalin») — defendió la absoluta imposibilidad de que la revolución proletaria venciera en el interior de un solo país, la imprescindible necesidad de que tal victoria tuviera lugar «en el cuadro internacional, en tanto que revolución proletaria mundial» (*op. cit.*, p. 9).

3. Es un mito porque Marx y Engels, tras profundos análisis sobre la perspectiva revolucionaria ya, por entonces, entrevista en Rusia, descartaron *por completo* que ésta pudiera, en adelante, ahorrarse el tránsito por el capitalismo (*op. cit.*, cap. VI: «Marx y Engels, contra la fábula reaccionaria de la “URSS socialista”»).

4. Es un mito porque Lenin, asimismo, *siguiendo los pasos de los anteriores*, tomó acta, a principios del s. XX, en su obra *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, del **paso, ya efectuado, por la sociedad rusa, del feudalismo al capitalismo agrario** (*op. cit.*, cap. VII: «El marxista Lenin, contra el engaño de la “URSS socialista”, tan provechoso para el Sr. Courtois»), paso que efectivamente (por la contradicción explosiva devenida entre una sociedad ya capitalista —en la primera fase, la agraria, del desarrollo de ésta— y un Estado absolutista, de transición entre el feudal y el burgués, bajo el control de la burguesía financiera y del cual se hallaba excluida la burguesía industrial) creaba las condiciones para la revolución en Rusia, pero no para una **revolución socialista**, sino **de naturaleza burguesa**, más concretamente, en palabras del propio Lenin, no para una revolución «bismarkiana», sino auténticamente «popular», «obrera y campesina».

5. Es un mito porque Lenin, en conformidad con ese análisis marxista no abdicó, en momento alguno, ni siquiera en sus *Tesis de abril* (cf. el ya referido cap. VIII de *La gran mentira*, «La amarxista “revolución permanente” de Trotsky, antecedente de la falsa “URSS socialista” de Stalin», en el que se pone al descubierto documentalmente la falacia compartida tanto por los autores declaradamente anticomunistas del *Libro negro del comunismo*, como por el trotsquismo, y, asimismo, por algunos izquierdistas proletarios que no harían nada mal en reflexionar sobre ello), tenidas por revolucionarias incluso por sus detractores más críticos, de la naturaleza burguesa de la revolución rusa en marcha, ratificando, en todo momento, que la línea comunista al respecto, en cada momento, sólo podía trazarse bajo la determinación del combate para que el proletariado —en insoslayable alianza con el campesinado, ampliamente mayoritario en el país— tomara la dirección de dicha revolución interclasista para hacer de ella, de la mano del estallido revolucionario en los países capitalistas occidentales, el inicio de la revolución proletaria mundial.

6. Es un mito, en resumidas cuentas, porque, contrariamente a la continuidad que establece la burguesía entre la URSS revolucionaria de Lenin y la contrarrevolucionaria de Stalin, continuidad ante la que, de una u otra forma, tiende a arrodillarse el conjunto del oportunismo proletario de izquierda, las naturalezas de ambos Estados —el de Lenin, por un lado; el de Stalin, por otro— son sencillamente irreconciliables **en el plano determinante de la lucha de clases mundial** (*op. cit.*, cap. XIV: «El Estado revolucionario del capitalismo de Estado de Lenin y el Estado contrarrevolucionario de la “URSS socialista” de Stalin y Vyshinsky-Courtois»).

* * *

Compañeros del Foro:

Acabamos de citar seis puntos irrefutables (documentados exhaustivamente en *La gran mentira*...) acerca del carácter no socialista de la revolución rusa de Octubre de 1917 y de la URSS erigida a resultas de ella.

Negarlos, **sobre la base de los hechos**, es sencillamente imposible. Fraternalmente, desafiamos a intentar hacerlo a todo compañero del Foro crítico hacia nuestro Partido, para el caso, hacia el Partido Bolchevique de Lenin. Pero si un revolucionario no es capaz de negarlos, si no es capaz de demostrar fehacientemente su falsedad, deberá reconocerlos..., sólo que, de hacerlo así, ¡ay!, estaría empezando adherir, incluso sin conciencia de ello, a nuestro Partido. La verdad es que no esperamos tal del presente debate. Mas sí que es preciso clarificar que, de la misma forma en que, una vez sustraído el pilar del mito de la “URSS socialista” caen por su propio peso todas las ideologías de los partidos burgueses de izquierda (estalinismo, maoísmo, trotsquismo) que han utilizado esa reclamación fraudulenta (el trotsquismo, por supuesto, matizadamente, al calificar a la URSS de Stalin de “Estado obrero”) para mejor combatir, en el seno mismo de las filas del proletariado, en defensa del Estado capitalista en el que se hallan probadamente insertos, de la misma manera, sostenemos, sin mito de la “URSS socialista” se derrumban, como un castillo de naipes, todas las críticas idealistas —¡todas!— dirigidas contra el Partido de Lenin, por no importa qué fuerza izquierdista proletaria, antes, durante y con posterioridad a la revolución comunista internacional (¿es que podía ser nacional...?) de 1917-27.

Veamos —para que nuestra introducción no supere el tiempo concedido y pueda dar paso, así, a un verdadero debate— aunque tan sólo sea un par de ejemplos, pero bien significativos, sobre ello, cuanto más que proceden de uno de los revolucionarios más importantes y honestos de los que participaron en aquella revolución, Rosa Luxemburg, razón por la que permiten tomar acta a quien no se deje encajar por los prejuicios heredados de la pasada contrarrevolución, de hasta qué punto los mejores revolucionarios que dirigieron la revolución anterior (con la única salvedad del marxista Lenin) eran víctimas, ya entonces, del mito, ajeno, en cualquier caso, al marxismo, de la “URSS socialista”:

* Crítica Luxemburg que el Partido Bolchevique de Lenin, en el camino de «la transformación socialista de la economía» (¿no es esto, acaso, creer en la posibilidad, más tarde teorizada, al servicio de la contrarrevolución, por Stalin, de que la URSS edificara, por sus propias fuerzas, el socialismo?) no diera soluciones, en la vía de la «transformación socialista de la economía agrícola» —insiste Luxemburg— al problema agrario existente en Rusia. Crítica que repartiera la tierra entre los campesinos, en lugar de «organizar la producción agrícola sobre una base socialista» (en realidad, se refiere a nacionalizarla, estatalizarla, pues Luxemburg, como, por otra parte, el resto de revolucionarios de entonces, salvo el marxista Lenin, es prisionera de la comprensión burguesa del “socialismo de Estado”, introducida en su día por Lassalle, y ni siquiera intuye que toda verdadera socialización sólo puede basarse en la abolición del trabajo asalariado).

* Crítica también Luxemburg en nombre del «centralismo» (¿cómo si los revolucionarios pudieran hacer de él un principio en sí mismo!), en nombre «de la revolución y del socialismo» la consigna, «siempre proclamada [por el Partido Bolchevique de Lenin y, antes que él, por Marx y Engels, cabe añadir], con una dogmática obstinación —prosigue Rosa—, del derecho de las diferentes naciones del Imperio ruso a decidir ellas mismas sobre su propia suerte “incluida su separación completa de Rusia”».

Ya en *La enfermedad madura del izquierdismo, el oportunismo* (Ediciones Curso, Barcelona, 1997), tuvimos ocasión de dedicar todo un capítulo (XIV: «Dos negaciones izquierdistas de la revolución a cargo de Rosa Luxemburg») a esta deriva idealista de Luxemburg, que le conducía, finalmente, en el plano objetivo de la lucha de clases, a poner en tela de juicio la revolución de Octubre, al llegar a oponerse nefastamente a la disolución revolucionaria, por los Soviets, en enero de 1918, del insurrecto Parlamento burgués. En *La gran mentira...* hemos tenido ocasión de desarrollar este análisis (*op. cit.*, pp. 300-3), a propósito de la crítica a la respuesta oportunista dada por el luxemburguismo contemporáneo al falsario *Libro negro del comunismo*. A la lectura y reflexión acerca de ambas obras remitimos a todo compañero verdaderamente dispuesto a conocer las razones históricas de fondo de la divergencia irreconciliable existente entre la corriente —entonces revolucionaria, hoy oportunista— de Luxemburg y el Partido marxista de Lenin.

Aquí, se trata de poner en evidencia otra cuestión. A saber: que, al igual que esas críticas vistas de Luxemburg, el resto, sin excepción, de las críticas izquierdistas a la política del Partido de Lenin, efectuadas entonces, y más adelante, por otros líderes proletarios situados a la izquierda de la izquierdista Luxemburg, se resumen en reprochar a éste el no haber adoptado medidas “socialistas” en la industria, en el campo, ante el problema nacional, en el ejército, o, incluso ante la guerra; en una palabra, **no haber intentado pasar al “socialismo”**.

En septiembre de 1870, sobrevinida la insurrección popular en Lyon, tras conocerse la derrota de las tropas de Luis Bonaparte en Sedán, otro izquierdista de aquella época, Bakunin, creyó que bastaba con instalarse en la Casa Consistorial de la ciudad y decretar, desde ella, «la abolición del Estado» para que ésta se hiciera realidad (cf. *Hilo Rojo* núm. 27: «A propósito de una pregunta de *Derraíz...* La actual barricada de clase del anarquismo»). La aventura, se sabe, acabó en cuanto el primer destacamento de guardias llegó al lugar, pero ésta y otras acciones bakuninistas de aquellos años, en la misma línea, contribuyeron no poco a la liquidación, por la burguesía, del movimiento proletario revolucionario cuya máximo expresión fue, en 1871, la Comuna de París.

De la misma forma, el izquierdismo de nuestra época, deudor, en el fondo, del bakuninismo, confiesa, no por inadvertida menos realmente, con sus críticas, que, ajeno al reconocimiento de toda determinación material, cree en que bastaba con decretar el “socialismo” en la Rusia revolucionaria para que éste pudiera hacerse realidad. Cautivos del mito de la “URSS socialista” no pueden admitir la realidad histórica —burguesa— de una revolución, la revolución de Octubre, que, como enseña el marxismo, en contraposición precisamente con el «socialismo en un solo país, pregonado por Stalin», sólo hubiera podido iniciar la verdadera transformación socialista de la economía sobre la base, primero de la extensión política y militar de la dictadura del proletariado al resto del planeta, y, acto seguido, **una vez derrocados todos los Estados capitalistas, sin excepción**, de la mano de la ayuda proporcionada a Rusia por los países más adelantados.

El Partido de Lenin es, efectivamente, *culpable*, de haber optimizado, bajo esa determinación —los intereses históricos de la revolución comunista— las posibilidades de aportación al desarrollo de ésta por parte de un país atrasado como era la Rusia revolucionaria. Es *culpable*, asimismo, de no haber desertado de su responsabilidad, como vanguardia revolucionaria, de conducir al proletariado a ese combate revolucionario al que, de cualquier forma, éste se hallaba abocado. Y *culpable*, en fin, cuando la contrarrevolución alzó la cabeza, de defender, por todos los medios a su alcance, los intereses del conjunto de la clase explotada, del proletariado mundial, **que exigían la permanencia del poder soviético, de la dictadura del proletariado, en la Rusia revolucionaria, en tanto plaza fuerte de la revolución comunista mundial en escena**, frente a los mismos sectores de las masas trabajadoras rusas (Majno, Cronstadt) que, bajo la presión de la reacción, tomaron las armas contra los Soviets.

Pero es, en suma, compañeros, esa defensa, en todo momento, de los intereses *del conjunto* de la clase explotada, por parte del Partido de Lenin, lo que hizo posible, no sólo la victoria revolucionaria de Octubre de 1917, sino, con la ayuda insustituible de ésta, el desencadenamiento de la revolución proletaria mundial y la formación de la Internacional Comunista. Ha sido la lucha de ese Partido la que ha posibilitado, en definitiva, que hoy los revolucionarios podamos encontrarnos, en lugares, por ejemplo, como este mismo Foro, para sacar a la luz y hacer nuestras las lecciones de esa pasada revolución que nos armarán para conducir, hasta la victoria final, la próxima.

Barcelona, a 28 de abril de 2001

LA GRAN MENTIRA Respuesta al Libro negro del comunismo — Ignacio Rodas —

PVP: 2.650 ptas. // 308 pp. (Precio con el 30 % descuento: 1.855 ptas.)

ISBN: 84-89878-08-0

En 1997 aparecía, en París, *El libro negro del comunismo*, obra en la que, con gran despliegue de medios, se acusaba a dicho movimiento, sobre la base de lo sucedido en la URSS y el resto de Estados denominados «socialistas», de ser el responsable de innumerables crímenes contra la humanidad, cuya cifra se acercaría a los cien millones de personas asesinadas. Con posterioridad, el libro fue asimismo editado en italiano, español y portugués, alcanzando su acusación del supuesto carácter «criminal» del comunismo, una fuerte resonancia entre la intelectualidad de esos países y, más en general, entre todos los detractores y partidarios de éste.

Bien puede decirse, tras leer lo escrito en el presente volumen, que, más allá de los tímidos y escasos intentos de contestación que lo que se conoce, en su conjunto, como «la izquierda» ha sido capaz de oponer al libro anticomunista del Sr. Courtois y Cía., es sólo ahora que éste halla respuesta.

La obra de Ignacio Rodas se nos revela, en primer lugar, como una implacable refutación científica, en toda la regla, fehacientemente verificable, de la acusación lanzada contra el comunismo. De la mano del abrumador desarrollo de coherencia marxista a través del cual se nos conduce en el libro, podemos ver cómo el autor, saliendo en defensa del perseguido, llega a sentar, con todos los merecimientos, a los fiscales, en el banquillo de los acusados.

Con todo, se engaña, por completo, quien crea que nos hallamos ante una mera *vendetta*, o ante un puro ajuste de cuentas entre comunistas y anticomunistas. El principal valor de esta *Respuesta al Libro negro del comunismo* consiste, sin duda alguna, en que nos desvela, con inexpugnable rigor científico, *La gran mentira* del siglo recién acabado y, a resultas de ello, el ineluctable devenir por el que ya se adentra el nuevo.

Señas de identidad

NUESTRO PARTIDO, EL PARTIDO COMUNISTA

El Partido Comunista es la fuerza social que, expresando los intereses del conjunto del proletariado, impulsa consciente e irreductiblemente a éste a la culminación de su destino histórico como sujeto portador de la sociedad comunista, de la comunidad humana mundial.

Nuestro Partido se conformó y se asentó, como fuerza política independiente, de la mano de Marx y Engels (*Manifiesto del Partido Comunista* -1848-), al calor de la primera oleada revolucionaria que conoció la sociedad capitalista. Durante dicha revolución el proletariado hizo ya acto de presencia como partido históricamente llamado a sepultar, de forma irremisible, la dominación burguesa y, con ella, todas las sociedades de clases. Más tarde, en 1871, el proletariado renació de sus cenizas para asaltar, exclusivamente con sus propias fuerzas, el Estado burgués. La Comuna de París supuso la primera dictadura proletaria de la historia. Sin embargo, si en 1848, la relación capitalista de apropiación privada del plusvalor obtenido por medio de la explotación de la fuerza de trabajo asalariada, y con ella, el proletariado, tan sólo eran fuertes en Inglaterra; en 1871, la lucha de clases entre burgueses y proletarios seguía sin dominar claramente la escena ni tan sólo en los países avanzados de Europa y en los EE.UU. La Comuna de París estaba destinada, pues, a constituirse en un glorioso escalón de la larga escalera por la que aún deberían ascender nuestra clase y su Partido Comunista con tal de hacerse con el triunfo revolucionario final.

Para abrir, con su propio poder, un curso revolucionario internacional de la lucha de clases, el proletariado, su Partido Comunista, deberían todavía aguardar a que adviniera, en firme, la fase superior del capitalismo, el imperialismo, a partir de los inicios del siglo XX. Fue entonces que el Partido de Lenin, separándose, de forma inconfundible, desde su misma génesis, de todo tipo de direcciones oportunistas y traidoras al proletariado, hizo posible y defendió heroicamente, hasta agotar sus últimas posibilidades de existencia, la dictadura proletaria impuesta en Rusia, siempre de acuerdo, pese a las condiciones nacionales y mundiales, cada vez más claramente desfavorables que imperaban para el triunfo final de la revolución comunista, con los intereses históricos de la revolución proletaria internacional. Así, el Partido Bolchevique, forjado por Lenin, y la Internacional Comunista dirigida por él, verificaron indeleblemente, en el plano de los eventos históricos, la capacidad revolucionaria del Partido Comunista, fundado por Marx y Engels, y trazaron el rumbo del triunfo proletario definitivo, con el que concluirá ineluctablemente la actual época de agonía del capitalismo.

El aplastamiento de la revolución proletaria internacional de 1917-1927, derrota que contó con la inestimable ayuda prestada al imperialismo mundial por la burguesía estalinista que, en 1926, había conseguido derrocar -por medio de la imposición oficial, a través de una violencia reaccionaria en aumento, de su política capitalista de "construcción del socialismo en un solo país"- el Estado proletario erigido bajo la dirección de Lenin, permitió a la postre, mediante la gigantesca destrucción de fuerzas productivas excedentes que supuso la carnicería antitrabajadora de la Segunda Guerra Mundial y la generalización de la explotación asalariada en la U.R.S.S., hacer omnipresente y todopoderoso el modo de producción burgués en el conjunto de los países avanzados y extenderlo a los últimos confines del globo. De esta forma, en base a la bárbara sangría y sobreexplotación crecientes de varias generaciones proletarias, se hizo posible, un desarrollo capitalista, sin precedentes cuantitativos, de las fuerzas productivas que, acelerándose día a día, depara, ante nuestros ojos, como primer y principal resultado, la maduración inexorable de las condiciones sociales efectivas de las que precisa el comunismo para vencer definitivamente.

Desde 1970, cuando la nueva composición técnica del capital correspondiente a la aplicación de la informática a la industria empezara a liquidar, sin alternativa alguna, el empleo asalariado, un fantasma recorre el planeta: el fantasma del "impasse" social final del capitalismo. Cada día que pasa aparece más incontestablemente, a la vista de explotados y explotadores, la impotencia de la propiedad privada burguesa sobre los medios de producción para permitir siquiera la reproducción de la clase sobre cuya explotación reposa, de forma insustituible, el régimen capitalista: la de los proletarios cuyo sustento sólo puede ser ganado vendiendo su fuerza de trabajo. Cada nuevo paso que franquea el capitalismo en su infrenable desarrollo productivo pone más de manifiesto que el capital está destinado a morir y que lo hará imprescriptiblemente, en un plazo históricamente inmediato, para que el proletariado y toda la humanidad vivan. Cada nueva acción que acomete la clase burguesa deviene en una mayor miseria de las masas y certifica que nunca más los de arriba podrán seguir gobernando como antes, cuando aún podían proporcionar trabajo y derechos a una parte socialmente decisiva de los de abajo.

A nuestro Partido, al Partido Comunista de la próxima revolución que preparamos, le corresponde el honor de conducir al proletariado al triunfo final sobre su enemigo histórico: la burguesía. Los comunistas de hoy obramos para ello, integrando el balance de la derrota de la anterior revolución, en el desarrollo histórico del hilo rojo que conduce a la victoria irreversible de la próxima.

Proletario, proletaria: ¡Unete a HILO ROJO para preparar el Partido Comunista de la próxima revolución!